

# **Emergencia de la juventud como campo particular de conocimiento y como categoría cultural de análisis en la década de los setenta en Colombia**

## **Emergência da juventude na Colômbia como campo particular de conhecimento e como categoria cultural de análise na década de 1970**

### **Emergency of youth in Colombia as a particular field of knowledge and as an analysis cultural category in the decade of the 1970's**

Sara Victoria Alvarado Salgado\*

Patricia Botero Gómez\*\*

Héctor Fabio Ospina Serna\*\*\*

---

#### **Resumen**

El presente artículo analiza la emergencia en Colombia de la juventud como campo particular de conocimiento y como categoría cultural de análisis, en la década de los setenta, cuando con el surgimiento, consolidación y agotamiento del modelo urbano industrial se modifican sustancialmente las relaciones familia, escuela, trabajo, y aparece la juventud como aquel grupo que para su inserción en el trabajo necesita procesos de educación calcificada que ya no pueden ser aportados directamente en el entorno familiar, desplazando una de sus principales funciones socializadoras a la escuela. La escuela, a su vez genera expectativas a las que la organización del trabajo no logra responder, pues no está en capacidad de absorber la mano de obra formada, creando un vacío de futuro en los y las jóvenes, y por sus paradigmas autoritarios, rompiendo el potencial de la juventud para participar activamente en la construcción del orden social emergente. Se explicita la conjunción de diferentes fenómenos que explican esta situación: el agotamiento del modelo modernizador y la ausencia de una alternativa societal; el vaciamiento de la noción de juventud dentro del marco de la

---

\* Psicóloga de la Universidad Javeriana. Magíster y Doctora en Educación de Nova University. Directora del Doctorado en Ciencias Sociales. Niñez y Juventud del CINDE y la Universidad de Manizales. Directora de la línea de Investigación en Socialización Política y Construcción de Subjetividades del mismo doctorado. Coordinadora del Grupo CLACSO Juventud y nuevas prácticas políticas en América Latina.

\*\* Psicóloga y Educadora de la Universidad de Manizales. Magíster en Educación y Desarrollo Comunitario del CINDE y la Universidad Surcolombiana y Doctora en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud del Centro de Estudios Avanzados en Niñez y Juventud del CINDE y la Universidad de Manizales. Docente Investigadora del Doctorado en Ciencias Sociales. Niñez y Juventud en la Línea de Investigación en Socialización Política y Construcción de Subjetividades e investigadora del Grupo CLACSO Juventud y nuevas prácticas políticas en América Latina.

\*\*\* Licenciado en Filosofía de la Universidad Javeriana. Magíster y Doctor en Educación de Nova University. Director de la Línea de Investigación en Educación y Pedagogía: Saberes, Imaginarios e Intersubjetividad del Doctorado en Ciencias Sociales. Niñez y Juventud de la Universidad de Manizales y el CINDE; investigador del Grupo CLACSO Juventud y nuevas prácticas políticas en América Latina.

modernización; el debilitamiento de la capacidad socializadora de la familia y de la escuela por su impertinencia y baja calidad; y un agudo proceso de marginación de la juventud, tanto económica como cultural.

### **Palabras Claves**

Juventud; juventud como categoría cultural y social; modelo urbano industrial; familia y juventud; escuela y juventud; trabajo y juventud

### **Resumo**

Este artigo analisa o aparecimento, na Colômbia, nos anos setenta, da juventude como campo particular de conhecimento e como categoria cultural de análise; com o surgimento, consolidação e esgotamento do modelo urbano industrial alteram-se substancialmente as relações entre família, escola e trabalho, e emerge a juventude como um grupo que, para se inserir no mundo do trabalho, necessita de rígidos processos educacionais, não mais conduzidos diretamente pelo entorno familiar, retirando da escola uma de suas principais funções socializadoras. A escola, por sua vez, cria expectativas que a organização do trabalho não está apta a responder, por sua incapacidade de absorver a mão de obra formada, criando um vazio de futuro para todos os jovens; e, em consequência de seus paradigmas autoritários, rompe com o potencial ativo e participativo da juventude na construção da ordem social emergente. Há uma conjunção de diferentes fenômenos capaz de explicar esta situação: o esgotamento de um modelo modernizador e a ausência de uma alternativa *societal*; o esvaziamento da noção de juventude no âmbito da modernização; o enfraquecimento da capacidade socializadora da família e da escola por sua impropriedade e baixa qualidade; e um agudo processo de marginalização econômica e cultural da juventude.

### **Palavras Chaves**

Juventude; juventude como categoria cultural e social; modelo urbano industrial; família e juventude; escola e juventude; trabalho e juventude.

### **Abstract**

This article analyzes the emergency of youth in Colombia as a particular field of knowledge and as an analysis cultural category in the decade of the 1970's, when the family, school and work relationships are substantially modified with the emergence, consolidation and exhaustion of the industrial urban model. Accordingly, youth appears as the group whose work insertion requires qualified education processes which cannot be directly provided by the familial environment, thus displacing one of its main socializing functions to school. The school, at the same time, generates expectations which cannot be met by the work organization, as it is not in the position to absorb the resulting labor force. This creates a future vacuum in both male and female youths, whose authoritarian paradigms favor the rupture of youth potential to actively participate in the construction of the emerging social order. The conjunction of distinct phenomena that explain this situation becomes explicit: the exhaustion of the modernizing model and the absence of a societal alternative, the emptiness of the youth notion within the

framework of modernization, the weakening of the family and school socializing capacity because of their impertinence and low quality, and an acute youth marginalization process, both at economic and cultural levels.

### **Keywords**

Youth; youth as a cultural and social category; industrial urban model; family and youth; school and youth; work and youth.

---

La juventud, como campo de conocimiento particular y como categoría cultural de análisis, en el marco de las ciencias sociales, surge en Colombia a finales de la década de los 1970 con la investigación realizada por el sociólogo Rodrigo Parra Sandoval y su equipo, cuyos resultados dan origen al libro *Ausencia de Futuro. La Juventud Colombiana* (1984), que fue seleccionado como el “clásico” de los estudios de juventud en el país, en la medida en que visibilizó la categoría, y abrió el campo siendo la primera de muchas investigaciones que han ido consolidando los saberes que hoy dan cuenta de la juventud colombiana.

De acuerdo con Mannheim (1961), Solari (1965) y Gurrieri (1971), para abordar el surgimiento y la visibilización de la juventud como categoría de análisis, es imprescindible partir de su carácter social, cultural e histórico, superando sus reduccionismos: socio-demográfico, a un rango etario entre los 15 y los 24 años; psico-biológico, a una serie de características y transformaciones físicas, psicológicas y de comportamiento social; y estético-cultural, a una manera de ser y habitar el mundo desde la sensibilidad. Y esta opción de enfoque, no es solo una delimitación teórica para el análisis, sino una postura política, por las implicaciones que tiene en la explicación de la autoproducción de la juventud y de sus universos de sentido, y en su potencial para transformar los contextos, sus marcos simbólicos y los sistemas de regulación del poder en la configuración de lo social.

El libro de Parra (1984) plantea por primera vez en Colombia un análisis de la situación y las perspectivas de la juventud. En el texto la juventud es entendida, desde una mirada sociológica como un concepto cultural e histórico que emerge ligado a la forma de desarrollo urbano industrial, al mismo tiempo que emergen conceptos como modernidad, movilidad social, urbanismo y marginalidad. En este sentido, la juventud no se refiere a un rango etario particular, sino a una característica que se consolida y se transforma, como elemento integrante del modelo de desarrollo, articulado en tres

escenarios de la vida social: la familia, la escuela y el trabajo, instituciones que sufren cambios radicales en este momento histórico<sup>1</sup>.

El modelo de modernización urbano industrial, conlleva además una transformación de la composición de la población colombiana y una modificación sustancial en la familia, en su composición, en sus roles, en los imaginarios y expectativas sociales, y demanda por tanto, procesos de formación social para hacer frente a estas transformaciones, que tienen que correr paralelos y articulados a aquellos orientados a la formación de la mano de obra para el trabajo. “... de ser una sociedad rural, organizada con base en la hacienda de baja productividad, con una manufactura nacional incipiente, con el 71% de su población en áreas rurales, con el 87% de su población en ciudades menores de 200.000 habitantes en 1938, Colombia pasa a tener una economía urbana con fuerte acento en el empleo terciario, una población urbana del 61% en 1973, mientras el número de habitantes se triplicaba en esos 35 años al incrementarse de 8.700.000 a 25.500.000” (Parra, 1984:18). En el marco de esta composición demográfica, según datos de la CEPAL, en 1983, Colombia se sitúa en aquel momento como uno de los países de América latina con la más alta proporción de población joven. De acuerdo con Banguero (1983), Rueda (1977) y Parra (1984), en las décadas del 1960 al 1980, se dio un incremento tanto absoluto como relativo de la población entre 15 y 24 años en el país, pasó del 18.2% del total de los habitantes en 1964, al 22.5% en 1981. Esta población juvenil, sufrió en estas décadas un proceso progresivo de urbanización, como resultado de la instauración del modelo modernizador urbano industrial, pasando del 55% de jóvenes viviendo en las ciudades reportado en 1964, a un 70% en 1981.

Tanto la instauración del modelo urbano industrial en la década de los 1950, como su agotamiento, en la década de los 1970, produjeron en la familia, como nicho primario de socialización del joven, transformaciones en su composición y en su capacidad socializadora. Desde este modelo se da un cambio cualitativo en la estructura industrial por el desarrollo tecnológico, se tecnifican muchos sectores agrarios, se da una migración acelerada y masiva del campo a la ciudad, se transforma la estructura ocupacional urbana y surgen nuevos grupos sociales: la clase media, el sector obrero y diversos grupos urbanos pobres que se denominan en su momento sectores marginales,

<sup>1</sup> Rodrigo Parra (1984) dialoga en su manera de concebir la juventud con los planteamientos de Adolfo Gurrieri (1971), en su libro estudios sobre la juventud marginal latinoamericana, publicado en México por Siglo XXI, con el análisis que propone la CEPAL (1983) en el documento Situación y Perspectivas de la Juventud en América latina, publicado en Santiago y con Aldo Solari (1965), fundamentalmente en su texto Estudios de la Sociedad Uruguaya, publicado por el Arca, en Montevideo.

por su imposibilidad de vinculación a las nuevas reglas del mercado exigidas por el modelo. Tal vez, una de las principales consecuencias de este proceso se ve en el entrecruzamiento del modelo de familia rural, con las nuevas exigencias de organización para la vinculación al mercado de trabajo, y al requerimiento del paso obligado por procesos de educación externos a la familia para formar la mano de obra requerida. El proceso de educación, que se inicia en la ciudad, permea el campo y transforma la estructura agraria produciendo, además del fenómeno migratorio, una fuerte descomposición del campesinado, que a su vez, produjo en la ciudad lo que en el informe de ACEP-CICRED (1974) se denominó el proceso de ruralización de las ciudades. Lo anterior ha generado modelos complejos y mixtos de configuración de la familia, con mezclas interregionales, interculturales, y un traslape de tiempos sociales en los nichos urbanos receptores de la migración.

Con las transformaciones descritas se dio un fenómeno de pérdida progresiva de la capacidad de socializar a los jóvenes por parte de las familias, descritas por Parra (1984) de la siguiente manera: “Esta capacidad de socialización, la naturaleza de esa socialización, se verá condicionada por factores como los siguientes: a) La naturaleza de la inserción de las familias en un nuevo ambiente social, especialmente en la estructura ocupacional y de ingresos, b) La capacidad de los padres de adaptarse a las formas de vida de la modernidad urbano industrial, y por lo tanto, su habilidad para transmitirla a sus hijos, después de procesos migratorios o de transformaciones experimentadas por el lugar de origen a través de la modernización del campo, c) La capacidad de los padres de comprender y seguir los procesos educativos cada vez mayores en términos absolutos y relativos en comparación con las posibilidades de escolaridad que ellos tuvieron, d) La capacidad de los padres de entender las nuevas concepciones adaptativas que definen formas diferentes de unión familiar, de trabajo de la mujer, de manejo de la imagen de maternidad, de ruptura de vínculos conyugales y de organización interna de la autoridad entre padre, madre e hijos” (Parra, 1984:36). Otros factores influyentes que podríamos considerar son: la vinculación de la mujer al trabajo y la reducción de tiempo directo en la atención a los hijos, el aumento de familias de un solo padre, la migración de los hijos o los padres por períodos relativamente largos, el incremento acelerado de mujeres jóvenes migrantes del campo al empleo doméstico en las ciudades.

Ante la ausencia de las figuras paternas, la socialización familiar fue reemplazada por la escuela, los pares y los medios de comunicación, que llevaron al campo la visión de la vida urbana como la forma de vida deseable. De la misma manera,

la escuela llevó una forma de pensar, una lógica más abstracta de pensamiento, intereses, necesidades y valores que estaban por fuera de la cultura campesina. Según Parra y Zubieta (1982), esta función socializadora, la escuela generó profundos conflictos entre padres e hijos marcando una fuerte división generacional. En primera instancia, por el deseo de los jóvenes de migrar a la ciudad para alcanzar el espejismo de la vida moderna y en segundo término, por el incremento progresivo de la distancia entre el nivel de escolaridad de los padres campesinos y los jóvenes migrantes.

Esta situación llevó de una manera muy rápida a la comercialización de la agricultura y a la migración acelerada hacia las ciudades, a la conformación de una clase obrera y de amplios sectores marginales, a la tercerización del empleo.

A nivel urbano marginal, las familias sufrieron transformaciones, no solamente derivas del modelo urbano industrial, sino de la crisis que generó el establecimiento de los grupos migrantes en sus comunidades. Una de las expresiones de esta crisis fue la incorporación de la mujer urbana como fuerza activa a nivel productivo, lo que agudizó el proceso de empobrecimiento de estos sectores, en tanto el trabajo de la mujer es menos remunerado que el del hombre en todas las ocupaciones. Según Rey de Marulanda (1981), las mujeres de los estratos bajos trabajaban jornadas más prolongadas sobrepasando las 49 horas semanales. Estas mujeres, según Bonilla de Ramos (1981), además de su trabajo tienen que cumplir el rol de amas de casa, teniendo poco o ningún tiempo libre para sus necesidades personales o sociales. Es importante anotar, que una alta proporción de estas mujeres son menores de 25 años.

El trabajo de la mujer trajo cambios de actitudes, nuevas formas de ver el mundo y entender los roles dentro de la familia. El exceso de intensidad horaria dedicada a ello, deja muy poco tiempo para la atención de los hijos, generando en ellas sentimientos de angustia y culpa y una sensación de falta de realización personal. Esta desvalorización de la figura femenina materna como socializadora, hace que las nuevas generaciones busquen otros agentes socializantes y contribuye a ahondar la fragmentación entre generaciones, establecida de hecho por los procesos de trabajo en la modernización urbana.

Las anteriores mutaciones que fue sufriendo la familia, tuvo como expresión el surgimiento de tres fenómenos, como la separación de los matrimonios, la unión libre y las nuevas formas de organización familiar, alrededor de diversas formas de unión para compartir gastos en un esfuerzo por la supervivencia, en medio de la pobreza (Ferrufino, 1983). Estos fenómenos tienen un efecto directo en las formas de circulación

del poder y ejercicio del control dentro de la familia y van produciendo maneras particulares de ser joven en este contexto.

Un importante mecanismo neutralizador de la crisis de la familia fue la configuración de lo que Zamudio y Clavijo (1978), llamaron los clanes, configurados por cadenas familiares hasta de tercer grado, y de más de dos generaciones que vivían en hogares separados físicamente. Estos clanes generan redes de compadrazgo y sistemas de ayuda familiar para la redistribución del ingreso y la búsqueda de empleo, encargándose de la formación ocupacional de los jóvenes, en reemplazo de la escuela a la que estos sectores cada vez tienen menos acceso. Los jóvenes colombianos reaccionaron de distintas maneras ante esta nueva configuración social; algunos participaron en los clanes, vinculándose laboralmente a través de ellos y aceptando sus normas, otros rechazaron esta forma de organización propuesta desde los adultos y ejercieron formas más ligadas a la acción comunal o a las formas cooperativas (Jimeno, 1982); y otros rechazaron claramente estas formas y se conformaron en lo que Jimeno llamó las galladas, con las que empezaron a emerger los fenómenos del consumo de drogas y la delincuencia asociada a pandillas juveniles. Lo anterior muestra, como es precisamente la situación de pobreza de los sectores urbano marginales, que se constituyeron además en nichos de recepción de jóvenes migrantes rurales, lo que desencadenó este fenómeno de delincuencia y violencia juvenil en Colombia, que perversamente se ha naturalizado como propio de la condición juvenil y no como expresión de un fenómeno estructural, económico, social y político. Asociado a esto surgió el fenómeno infantil y juvenil conocido en Colombia, definido por Gutiérrez (1978), como gaminismo.

El modelo modernizador urbano industrial, como ya se anunció, generó un proceso de expansión y democratización de la educación, que indudablemente contribuyó en procesos de movilidad social, secularización del conocimiento, emergencia de valores y formas de vida urbana como soporte ideológico de una nueva forma de organización social, unidad de la educación con el trabajo y el empleo. Al mismo tiempo, esta expansión significó también exclusiones y estratificaciones entre los jóvenes generando procesos de marginalización de algunos grupos. Si bien este proceso inició en los 1940, se consolidó realmente en la década de los 1960. Por ejemplo, la educación secundaria, “pasa de un índice de crecimiento de la matrícula de 100 en 1965 a uno de 425.3 en 1983, y de 434.000 estudiantes a 1.846.000 (...) La educación

superior tiene la tasa más grande de crecimiento que va de 100 en 1965 a 845.3 en 1983, y pasa de contar con 43.000 estudiantes a 365.000” (Gutiérrez, 1978:59).

Esta rápida expansión del sistema educativo acentuó la brecha generacional en la medida en que los padres empezaron a tener un nivel educativo sustancialmente más bajo que los hijos, empezaron a tener ocupaciones de menor nivel y fueron perdiendo progresivamente su capacidad socializadora.

La movilidad social aunada a la educación, nació en Colombia con la necesidad de formar una clase obrera especializada y un grupo profesional de alto nivel para administrar la tecnología de la industrialización y la racionalización propia del fenómeno económico de modernización. Esto conllevó la expansión de la noción de “juventud”, su democratización como un puente entre la familia y el trabajo, y como un colchón social necesario en la idea de desarrollo económico y social en la que se funda la sociedad urbana industrial. En 1970 la matrícula total de la educación superior era de 92.000 alumnos, de acuerdo a las estadísticas del DANE (1975). En 1980 esta cifra ascendía a 272.000. Esta acelerada expansión marcó una serie de fenómenos: en primera instancia, una fuerte estratificación de las instituciones que emergieron, de acuerdo al origen social de los alumnos, que se expresó en distintos niveles de calidad, distintas carreras y segmentación de los mercados de trabajo. En tal sentido, la educación, más allá de su papel como canal de movilidad social para la clase media urbana, se desarrolló con fuertes inequidades, que afectaron a los sectores campesinos y a los urbano-marginales, ampliando las desigualdades sociales en el país.

Uno de los fenómenos más agudos tuvo que ver con la calidad de la educación respecto a su capacidad para establecer relaciones sociales claramente democráticas y para desarrollar formas mejores de entender el mundo social y material. Se dio una verdadera esquizofrenia social y una red de discontinuidades en la aprehensión del conocimiento, en la medida en que se dio una separación entre las normas y valores agenciados por la escuela y las prácticas reales en ella. Esta ruptura se fundamentaba en la inadecuación entre las normas agenciadas desde la cultura urbana y los contextos sociales y culturales locales, afectando especialmente a los sectores rurales y a los migrantes consolidados en los nichos urbano-marginales. La fragmentación entre conocimiento enciclopédico y las prácticas sociales y reales, no permitió configurar subjetividades juveniles capaces de participar en la vida política y social, dado que se fundamenta en conceptos de autoridad de un conocimiento inmodificable, separado de su mundo real e inútil para conducirse en la sociedad. Este fenómeno generó fuertes

apatías de la juventud frente al conocimiento. Los fenómenos expuestos según Tedesco y Parra (1979), fueron fuentes de discriminación para los grupos campesinos y marginales urbanos, pues produjeron una doble desubicación cultural, los separó de sus formas de organización social y se produjo una desvinculación cultural. En tal sentido, la escuela colombiana se constituyó en este momento en una institución productora de marginalidad cultural.

La escuela tuvo que diversificarse y tecnificarse para responder a las demandas del mercado del trabajo, perdiendo la educación su norte socializador. Emergieron así dos expresiones críticas: por la acelerada expansión, el sistema no tuvo la capacidad de formar a sus maestros y de esta manera bajó su calidad y su capacidad de respuesta efectiva a las necesidades del mercado; y por su excesiva tecnificación, perdió su capacidad de lectura del propio contexto, llevando a los jóvenes a deteriorar su potencial ciudadano de conocer su sociedad para participar en su redefinición y construcción. Este fenómeno tendió “a producir, en cambio, una juventud cultural e intelectualmente marginada, apática, perpleja” (Tedesco y Parra, 1979:79).

Durante estas tres décadas la población de jóvenes económicamente activa incrementó también aceleradamente. A finales de los 1960 llegaba al 29%, a mediados de los 1970 correspondía al 36% y en el 1980 al 41%, siendo mayor la participación femenina y urbana. Es importante anotar que las tasas de ocupación de los jóvenes activos eran sensiblemente inferiores a las del total nacional y su salarios más bajos: en el 1980 el 37% de jóvenes ocupados recibía menos de un salario mínimo, el 32% un salario mínimo. En la década del 1970 con la fuerte transición demográfica de jóvenes rurales a la ciudad, estos se ubican homogéneamente en los escalones más bajos o en algunos espacios de la economía informal, que aparece como una alternativa insatisfecha de empleo en el sector moderno consolidando el fenómeno de la tercerización. Las tasas de desempleo de los jóvenes fueron también superiores (casi dos veces) a las de los adultos, al igual que las tasas de subempleo. En 1980, el grupo de edad entre 12 y 29 años absorbía el 81% del desempleo.

La relación directa que planteó el modelo de desarrollo, según la cual a mayor educación habría mejor empleo y más alta remuneración, perdió su vigencia en Colombia. La expansión educativa sin calidad y la incapacidad de la industria para absorber la mano de obra formada, introdujo una serie de transformaciones en el significado social de la educación. En 1964 esta relación era clara; pero según Chiape y Toro (1978), entre 1976 y 1978 la relación entre desempleo y nivel educativo no siguió

la misma tendencia. Contrariamente, tasas más bajas de desempleo eran obtenidas por los que no tenían ninguna educación o un nivel muy bajo, dándose un creciente subempleo de los profesionales, más fuerte en egresados de universidades que no eran de élite.

La categoría de juventud fue vaciándose de sentido por las condiciones descritas hasta ahora. Es importante destacar la total ausencia que se registra hasta 1978 de estudios sobre la vida política de los jóvenes, sobre su participación, liderazgo, valoraciones y actitudes. Hay algunos estudios hasta ese momento orientados a la política general del país que aportan algunos datos de la población juvenil sobre su votación, su participación en partidos políticos y su socialización política. McCamat, Talbot, Morcillo y Rizo (1968), Losada y Murillo (1972), Losada (1978), y otros estudios sobre las elecciones muestran como la abstención juvenil en 1968 en Cali y en 1972 y 1974 en Bogotá, fue del 74%. En 1978 y en 1980 a nivel nacional, la abstención del 75% y 82% respectivamente. Algunos estudios reportaron que solamente el 19% daba como razón para su abstención el rechazo al sistema social, mientras que el 50% lo hacía por indiferencia política. Latorre y Murillo (1982), mostraron como los jóvenes colombianos (90%) tenían una imagen pobre de las instituciones políticas del país y una imagen de los políticos como deshonestos, ineficaces e improductivos. En el estudio de la ANIF se reportó que solo el 4% de los jóvenes se identificaba con los partidos de oposición y cerca del 50% no se identifica con ningún partido. Adicionalmente los jóvenes mostraban una casi inexistente participación en cualquier tipo de asociación y una nula atención a cualquier programa derivado de un medio de comunicación, que pudiese considerarse político.

Según Parra (1984), una de las razones fundamentales para estos problemas de la participación política en los jóvenes tiene que ver con los cambios en la familia por el proceso de urbanización e industrialización y por la migración del campo a la ciudad, que representó un fuerte desarraigo de la filiación partidista propia de la tradición familiar. En este sentido, la familia también perdió su capacidad socializadora para la vida política.

Por otra parte, la socialización política que se daba en la escuela tampoco conducía a la participación electoral. La naturaleza autoritaria de las relaciones sociales en esta institución generaba mucha apatía y escepticismo sobre la sociedad y sobre las posibilidades reales de acción sobre ella. En esto también influía la incoherencia entre la realidad que los jóvenes veían y la que se agenciaba en las clases de sociales centradas

en historias basadas en héroes sin significado real para los jóvenes. Según Leal (1982), aún los movimientos estudiantiles universitarios de los 1970 que tuvieron tanto auge, terminaron reducidos en pequeños partidos de izquierda o en grupos que se afiliaron a la guerrilla, pero que finalmente no lograron desencadenar movimiento político amplio. Es importante como acontecimiento de ese momento histórico el surgimiento del frente nacional, que logra un fuerte efecto despolitizador de la sociedad y desaparece cualquier campo de acción en el que los jóvenes pudiesen participar. De esta manera, el papel socializador de los partidos políticos se vio también muy disminuido.

Ante la situación descrita en las páginas anteriores, ocurren dos fenómenos que van a explicar las caracterizaciones y las maneras vitales de ser joven en la Colombia de los 1970, por una parte, la inequidad en las oportunidades de acceso y la disparidad en los niveles de calidad de la educación, dependiendo de las posibilidades económicas de los y las jóvenes, y por otra, el debilitamiento temprano del modelo de modernización urbana industrial, dada la incapacidad del propio sistema para absorber la mano de obra formada, rompiendo las expectativas sociales creadas y generando procesos de desorganización social, emergencia de una economía subterránea y corrupción de la administración pública. Esta situación crea la nueva forma de marginalidad estructural del país: el desempleo y el subempleo, los bajos salarios, la necesidad de complementar los salarios y la urgencia por ingresar a la economía informal, obligando a los jóvenes a trabajar “durante la época definida como juvenil y privándolos del derecho a la juventud y, de otro lado, y contradictoriamente, negándoles el empleo remunerativo con lo cual los traslada a las filas de la marginalidad estructural adulta” (Leal, 1982:109). El autor afirma que esta situación se enmarca en la ausencia de un modelo nuevo de sociedad, alternativo al desgastado modelo urbano industrial, fenómeno que contribuye a “crear ausencia de futuro para la juventud, una dificultad para pensarse en términos de un plan con visos de realidad, o de “utopía realizable” (Leal, 1982:20). Los y las jóvenes colombianos enfrentados a esta condición de marginalidad estructural desarrollan diversas patologías sociales (drogadicción, alcoholismo, desarraigo cultural, embarazo adolescente, diversas formas de violencia), que corresponden a un momento histórico y a una dinámica de toda la sociedad, situación que perversamente se ha naturalizado en los análisis de científicos sociales que atribuyen estas desestructuras sociales a la condición juvenil. Ante este desencanto de la juventud, surgen importantes movimientos políticos que no encuentran eco en la estructura partidista, gastada y reemplazada por el clientelismo. La relación entre juventud y sociedad en los 1970, definida por el autor

como “ausencia de futuro” se explica desde la conjunción de cuatro fenómenos que pueden ser ampliamente estudiados en el texto: el agotamiento del modelo modernizador y la ausencia de una alternativa societal; el vaciamiento de la noción de juventud dentro del marco de la modernización; el debilitamiento de la capacidad socializadora de la familia y de la escuela por su impertinencia y baja calidad; y un agudo proceso de marginación de la juventud, tanto económica como cultural, produciendo “una peligrosa aproximación a una situación de anomia social” (Leal, 1982:131).

Este libro se constituye en un clásico de consulta obligada para los investigadores sobre la Juventud en Colombia, en tanto abrió los estudios en el país, mostrando el carácter histórico y cultural de la categoría en el marco de las ciencias sociales y se constituye en el punto de partida del Estado del Arte sobre la relación Juventud-política en Colombia que se desarrolla en otro artículo escrito con participación de los mismos autores.

## **Bibliografía**

- ACEP-CICRED (1974). *La población de Colombia*. Bogotá.
- BANGUERO, H. et alii (1983). *Desarrollo socioeconómico y cambio poblacional en Colombia: 1938-1980*. Tomos I y II. Bogotá: CEDE, Universidad de Los Andes.
- BONILLA DE RAMOS, E. (1981). *La madre trabajadora*. Bogotá: CEDE, Universidad de los Andes, Doc. 066.
- CEPAL (1983). Situación y perspectivas de la juventud en América Latina. E/CEPAL/Conf. 75/L.2, Santiago.
- CHIAPPE, M. L.; TORO, M. E. (1978). “Desempleo y ecuación universitaria y técnica”. In: *Empleo y Desempleo*. Bogotá: No. 9-10, Enero-Junio.
- DANE (1975). *Boletín mensual de estadística*. Bogotá: No. 292.
- FERRUFINO, L. (1983). *La familia de hecho en Colombia*. Bogotá: Instituto Colombiano de Bienestar Familiar, Memorias.
- GURRIERI, A. et alii (1971). Estudios sobre la juventud marginal Latinoamericana. México: Siglo XXI.
- GUTIÉRREZ DE P. V. (1978). *El gamín: su albergue social y su familia*. Bogotá: UNICEF, Instituto Colombiano de Bienestar Familiar.
- JIMENO, M. (1982). *Diagnóstico nacional de la juventud colombiana*. Bogotá: Secretaría de Integración Popular, Presidencia de la República.
- LATORRE, M; MURILLO, G. (1982). Consideraciones sobre la participación política y electoral, la percepción política y el liderazgo de la juventud colombiana. Bogotá: Universidad de los Andes, Departamento de Ciencia Política, No. 1.
- LEAL, F. (1982). *Juventud universitaria y participación política*. Bogotá: Universidad de los Andes, Departamento de Ciencia Política, Documento No. 2.
- LOSADA, R. (1978). El significado político de las elecciones de 1978 en Colombia. Coyuntura Económica.

- LOSADA, R.; MURILLO, G. (1973). *Análisis de las elecciones de 1972 en Bogotá*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- MANNHEIM, K. (1961). *Diagnóstico de nuestro tiempo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- MCCAMAT, J.; TALBOT, J.; MORCILLO, P. P.; RIZO, H. (1968). *Las elecciones del 17 de marzo de 1968 en la ciudad de Cali*. Cali: Universidad del Valle.
- PARRA S. R.; ZUBIETA, L. (1982). “Escuela marginalidad y contextos sociales en Colômbia”. In: *Cuadernos de Pesquisa*, Sao Paulo: No. 4.
- PARRA, S. R. (1984). *Ausencia de Futuro. La Juventud colombiana*. Bogotá: Plaza & Janes.
- REY DE MARULANDA, N. (1981). *El trabajo de la mujer*. Bogotá: CEDE, Universidad de los Andes, Doc. 063.
- RUEDA, J. O. et alii (1977). Dinámica demográfica y proyecciones de población del país, los territorios nacionales, el distrito especial de Bogotá, departamentos y las treinta principales ciudades. Bogotá: Departamento Nacional de Planeación.
- SOLARI, A. (1965). *Estudios sobre la sociedad uruguaya II*. Montevideo: Arca.
- TEDESCO, J. C.; PARRA, R. (1979). “Escuela y marginalidad urbana”. In: *Proyecto Desarrollo y Educación en América Latina y el Caribe*. Buenos Aires: UNESCO/CEPAL/PNUD.
- ZAMUDIO, L.; CLAVIJO, H. (1978). El barrio popular ¿marginados o ejército industrial de reserva? Bogotá: CINEP.